



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO

**PERFILES  
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

**Illescas, Carlos (1995)**  
**“LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA”**  
**en Perfiles Educativos, No. 68 pp. 64-67.**

## LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Carlos ILLESCAS\*

*Carlos Illescas, reconocido escritor guatemalteco radicado en México desde muy joven, nos habla en estas páginas amenas de parte de su trayectoria como difusor, crítico y maestro de literatura.*



**THE TEACHING OF LITERATURE.** *Carlos Illescas, a well-known Guatemalan writer who lives in Mexico, since he was very young, pleasantly talks about his life as advocate, critique and teacher of literature.*

Lo que primero reconozco en mí es el desorden. Mi capacidad para incurrir en él no me hace una persona recomendable, y sin embargo, pese a saberlo, no hago nada por enmendarme. Se diría que soy incorregible y que, por tanto, de lo venial paso a lo delictivo.

Ustedes, distinguidos miembros del Centro de Investigaciones y Servicios Educativos de la UNAM, lo verificarán en el término de unos momentos más.

En seguida les digo cuáles han sido mis pasos en el mundo de la didáctica, en el espeso bosque de la impartición de conocimientos relacionados con la literatura; en ello irán muchas cosas que sin duda habrán de disonarles y otras que, por su miga, no dejarán de interesarles.

Para empezar refiero que a partir de 1956 hice en Radio Universidad (la nuestra) una larga serie de programas sobre escritores de todas las lenguas y todas las épocas. La galería literaria la había iniciado Juan José Arreola, con el nombre de «Programas homenaje». Arreola tal como nos tiene acostumbrados, elegía al azar el escrito o escritora que más le acomodaba. Y, puesto en ello, ya frente al micrófono, sin texto alguno, producía en cascada elocuente palabra que cumplía con ser justamente un homenaje al personaje en turno. Muchas veces recurría a textos ilustrativos cuya lectura hacía con la maestría que todos le reconocen.

Al marcharse Arreola, Pedro Rojas, a la sazón director de la radioemisora, me delegó la difícil función de tomar la estafeta. Yo, como puede (más bien debe) presumirse, me escude tras la cautela y no le confié a cada palabra lo que pedía el seso. Me aboqué a los libros, unos sabios, otros de simple información y otros más bien centones de datos disparados con ciega irresponsabilidad.

Mi primer paso fue saber con anticipación quién sería el ajusticiado, esto es igual a decir que con el tiempo debido sabía a quien le tocaría el turno del homenaje que le rendiría Radio UNAM debido a la existencia de un calendario cuya eficacia en estos menesteres no necesito hacer.

Para conocimiento de ustedes empecé por don Diego Torres de Villarroel, a quien me parezco en muchos puntos; el mayor de ellos la desfachatez en la imitación de los maestros y en el ejercicio de la picardía.

Siguieron muchos, muchísimos, porque el programa de ser cada tres días lo fue a diario. Ahí me tienen ustedes teclea y teclea, fusila y fusila datos verificados, otros dudosos, y muchas veces recurriendo a la fáfara para ganarle tiempo al tiempo.

De los medios de comunicación la Radio es lo más parecido a una mala conciencia, que cuando menos lo esperamos salta para decirnos cosas que nos roban el sosiego. Esa conciencia es el auditorio, el que no siempre escucha en forma pasiva sino, más bien, reacciona de diversas maneras, unas veces gratas otras ingratas. Parte de ella lo fue don Alfonso Reyes, quien todavía tenía tiempo para escucharme, olvidándose por unos momentos de continuar sus obras completas, empresa en la cual se halló empeñado durante toda su vida.

En una ocasión un señor portugués, me enmendó la palabra sobre puntos en la vida de Maragall y Gorina, me pidió documentarme mejor; en otra oportunidad un distinguido miembro del auditorio me corrigió la pronunciación de un larguísimo nombre danés, el que a la fecha no preciso. Pero también había personas de notable candidez que me atribuían sabiduría. Una de ellas contrató mis servicios para que le enseñara los tiquismiquis de la métrica castellana en forma privada. Lo hice sometido a presiones de fuerza cultural. Aparecía frente a mis ojos Sócrates riñendo a los sofistas (de su tiempo) por cobrar la educación. Debo decir que esto lo superé al momento en que la distinguida señora, ocasional alumna, me extendió un cheque por una cantidad que solamente podían ver sin asombro los investigadores de tiempo completo de aquellos tiempos. ¿No hubiera suscrito estos pasos Torres de Villareal, o cualquier Ruy Blas de Santillana?

Mi experiencia en Radio UNAM fue más allá. Con frecuencia ideaba cursos de breve duración sobre muchas materias relacionadas con lo que los débiles llamamos «mi fuerte», la que, por lo demás, también es mi debilidad. Elaboré series de tres sesiones sobre literatura centroamericana, siempre tan olvidada y muchas veces menospreciada. Recuerdo con mucho gusto que entre la retahíla de nombres literarios esplendió con fulgores propios el cuentista salvadoreño Salvador Arrué, conocido, sobre todo, por su nombre de guerra «Salrrué». A su sola mención, Juan Rulfo, un joven escritor colaborador de Radio UNAM, se entusiasmó y no puso tasa al decir en lo personal y por los micrófonos en qué medida el gran salvadoreño juntamente con Miguel Ángel Asturias, en lo que a Centroamérica toca, lo seducían, le mostraban caminos de expresión especiales en el mundo sin fin de lo coloquial. Debo decir que contar con un ejemplar de la breve obra de Salarrué por esos años (no terminaban los 50) era empresa difícil.

A este respecto me gusta informales que varios años después al cuidar de una tesis de licenciatura en la Escuela para Extranjeros, le pedí al sustentante que leyese de manera particular a Salarrué antes de abismarse en ciertos lugares comunes como lo son hallar hasta en la sopa la huella de William Faulkner en Rulfo. Así lo hizo el joven norteamericano con mucho provecho.

En Radio UNAM, me dieron un cargo (anteriormente no contaba con nombramiento), el que todavía ostento sin que hayan variantes en la clasificación y en el sueldo. Esto se llama fidelidad. Pero el hecho de que ya portara una credencial me movió a la organización de cursos más ambiciosos, por ejemplo, «Visión crítica del modernismo», «El ensayo latinoamericano», «Curso ilustrado de la historia del teatro», «Pervivencia del romancero», y otros que suscribieron mi entusiasmo y sobre todo mi capacidad mecanográfica porque como ustedes imaginarán, al lado de un maestro que no quiere quedarse en profesor siempre hay, siempre debe haberla, una máquina de escribir, electrónica o no.

Y mientras tales cosas ocurrían ayudaba al maestro Eli de Gortari en la coordinación didáctica de diversos cursos producidos de manera sistemática de diversos cursos producidos de manera sistemática por la Radio. Quiero reconocer aquí cómo Radio Universidad, a veces tan de capa caída, ya se le buscaba forma de difusión metódica a lo que por aquellas fechas muchos entendíamos como Universidad Abierta. de Gortari había planeado que mediante diez sesiones de media hora cada una, los interesados aprendieran filosofía, matemáticas, introducción a la cosmogonía, literatura alemana, francesa, métrica española, historia y sepa la bola cuántas disciplinas más.

Con tristeza debo decir a ustedes que estos cursos duermen el sueño de los justos en la fonoteca de Radios UNAM en espera de quién sabría decirlo qué milagro antes de ser transmitidos. Recuerdo los ingeniosos artificios de que se valió Tomás Segovia para marcar las carencias, las similitudines, las tónicas y otras particularidades de la fonetización de la métrica.

La «Novela latinoamericana en su historia», lo recuerdo, corrió a cargo de Gabriel García Márquez. Esta serie la patrocinó Max Aub, que ha sido en Radio Universidad algo más que un Lorenzo el Magnífico, de tal manera protegió las artes y las ciencias.

Hacia 1962, Pedro Rojas me delegó la misión de acudir al edificio que ocupaba el Instituto Nacional del Magisterio, con el propósito de que les enseñara a los más ilustres maestros de la docencia primaria y

secundaria en el país, cómo se elabora un guión didáctico bien racionalizado para que los alumnos de la Radio aprendan sin dificultades materias humanísticas y científicas. Pocas veces un maestro, en mi caso un profesor, halla mayor resistencia a la impartición de su materia. Mis alumnos, casi todos situados en los sesenta y setenta años, hombres y mujeres, resultaban un hueso duro de roer. La verdad es que se les había impuesto la asistencia a tal cursillo. Como ustedes se percatan los maestros de aquel entonces no comulgaban con la modernidad. Más de uno entre ellos también era de origen universitario, pero en el grupo no hacía valer tal privilegio, me dejaba sólo mientras él con los ojos entrecerrados pensaba en el neokantismo de Guillermo Héctor Rodríguez, de quien era seguidor en la Mesa Redonda de Filosofía Crítica.

Pero me salí con la mía. Me hice amigo de los renuentes y al final del curso hicimos una pequeña celebración, tanto en reconocimiento a mis denuedos como al premio internacional, en Italia, que uno de los guiones había obtenido.

Como dato que me llama a la perplejidad, de la que no he logrado salir todavía, registro éste. Un día de los años sesenta, en sus principios, dicté en la Escuela Superior de Maestros un curso de capacitación, «Historia de las ideas filosóficas», a un grupo de maestros de inteligentes a toda hora, me ha sido difícil encontrar de nuevo. No sé qué ocurrió, pero la verdad es que a partir de dichos años nunca he dejado de considerar la filosofía como contexto de la enseñanza de la literatura más aún que como marco conceptual. Entendí que la literatura en su producción consume con igual medida lo sensible, lo emotivo y lo intelectual y que, por lo tanto, debía atender estos estadios. De esta manera he comprendido con cierta responsabilidad profesional en dónde estriba el neoclasicismo y dónde le duele al mundo el romanticismo, cuya explicación estriba en el ahondamiento de los presupuestos kantianos, sin que ello quiera decir que «amulato» el conocimiento, como algunos de mis antiguos colegas creían cuando uno quería superar el acriticismo en la impartición de la literatura. Pregunta. ¿De ser lo contrario, cómo se pondrían impartir los siglos XVIII y XIX?

Mi vida en las aulas de la Escuela de Filosofía, Escuela para Extranjeros, en Ciencias Políticas, es larga. En este ángulo es donde siento que el desorden me toma de la mano y ello ocurre porque bien compenetrado de mi papel de asilado político (*Dulce Cara Parens*) nunca he guardado un papel, un documento, un apunte que me sirva de guía en el laberinto de la memoria que en este caso se bifurca tanto como los jardines que concibió Borges. Por el momento estoy en receso, una enfermedad difícil limitó mis fuerzas durante largo tiempo, con el suceso de que un día de tantos me cegaron el Filosofía mediante los oficios de una señorita. Pero espero reanudar de nuevo mis actividades que siempre me han enriquecido, siempre me han dado muchas luces.

Entre esas luces, guardo la mejor memoria del semestre durante el cual impartí el curso titulado «Historia del ensayo latinoamericano y su contenido ideológico», que me permitió usar como método la sincronía de las ciencias y humanidades en un contexto multidisciplinario. Recuerdo cómo al destacar la vocación antropológica en muchos de los misioneros, fray Joseph de Acosta nos permitió expurgar con provecho (tanto los alumnos como yo) el pensamiento renacentista, y al mismo tiempo también detectar la aparición del capitalismo en el mundo, menos en España que ya se despeñaba en las pobreza de la picaresca. No me extiendo más, porque las experiencias de este curso las recogí en un ensayo que la revista *Dialéctica* de la Universidad de Puebla, hizo publicar en sus páginas hace ya un buen cacho de años. Si los interesados quisieran leer cuanto allí digo probablemente me verán menos desordenado.

Otro curso que recuerdo con especial satisfacción es el titulado «Narrativa de la violencia». La base conceptual de esta experiencia destacó que después de las alharacas del *boom* latinoamericano, se produjo una literatura bien amarrada a la realidad socio política latinoamericana. Me refiero a letras escritas de una u otra forma, a la luz de las luchas de liberación nacional. Con un instrumental que consistió en la selección, lectura y estudio de cerca de quince obras, constituí el edificio del curso. La tesis del mismo es sencilla: con el *boom*, la América Latina declara su independencia cultural definitiva de Europa, con la narrativa de la violencia busca la liberación nacional de nuestros países en el marco de estados ideales escindidos del imperialismo.

No redacto a estas alturas esta experiencia realizada sobre todo frente un nutridísimo grupo de estudiantes, en su mayoría extranjeros, para mayores señas, norteamericanos. Ya será, sobre todo cuando cuente con el tiempo que me permita dedicarme a estos regalos del espíritu a los cuales a veces tenemos que renunciar.

En la Facultad de Filosofía impartí con mal suceso un taller de Ensayo. Éste es el título. Ésta fue una empresa desdichada y diré por qué. En primer término la inscripción fue copiosísima, cerca de treinta más que alumnos, curiosos impertinentes, quienes asistieron religiosamente a las sesiones introductorias mediante las

que yo no quería ser profesor y sí maestro, al explicar y ejemplificar los orígenes del ensayo a nivel universal. Muchas apreciaron quizás mi «facilidad de palabra». El asunto hizo crisis cuando delegué tareas prácticas, ¡se trataba de un taller, señores míos! En este momento empezaron a ralear los alumnos, los claros eran manifiestos. Esto siguió hasta el momento en que solamente una señorita y yo nos vimos frente a frente. Ella con un notable sentido del humor aprendido, sin duda en Chesterton o en Macedonio Fernández, me dijo: «Al fin solos».

Con las autoridades analizamos el fracaso. Mi conciencia no cesa en reprenderme, pero yo sabía que la culpa provenía de muchos factores. Las autoridades, siempre empeñosas, insistieron en la impartición del taller. Como era de esperarse se repitió el final traumante, solamente que ahora la señorita ya no se encontraba allí. La soledad era absoluta, dato que le paso sin moratorias a un lector de Kierkegaard, o a Ganivet antes de arrojarse en las aguas del río del olvido.

En otra ocasión, si la hubiera, me va a ser grato referirles otros pormenores de mis pasos por la Escuela de Filosofía y Letras.

Para terminar debo mencionar el dato de que desde un buen pico de años me he dedicado a impartir talleres de creación literaria, poesía en particular. Más que remendar metáforas y vulcanizar imágenes, he tomado muy a pecho mi profesión. Trato por todos los medios a mi alcance que mis favorecidos aprendan la parte artesanal de la creación a fin de que no transiten dos, tres, cuatro, mil veces el mismo camino. No me ha ido mal como experiencia, pero se trata de trabajar regidos por la contratación libre, de manera que un día es uno y el otro no. Un día bebe whisky y otros moscos de Toluca. ¡Ah Conaculta de mis pecados!

Entre los momentos estelares de mi vida como coordinador de estos talleres, se halla el haber compartido largas y munificentes horas con Vicente Quirarte, Coral Bracho, Eduardo Langagne, José Díaz Cervera, y otros escritores que han encuadrado su profesión en la tonalidad correcta.

Debo mencionar aquí, también, a Beatriz Duarte, con quien «tallereamos» (perdonando este arcaico neologismo) una novela que ha sido terminada con felices augurios. Pronto, así lo espero, ustedes la leerán y admirarán. Esto paga todos los desvelos y lágrimas de cera vertidas, la proveniente de las velas con que alumbramos nuestras tareas.